

TIERRA DE CARPETANOS

A detailed historical map of the Carpetan region in central Spain. The map is rendered in a sepia tone with blue lines for rivers and purple outlines for mountain ranges. Key geographical features include the Montes Carpetanos in the north, the Tago river flowing through the center, and the Guadiana river in the south. Roman sites are marked with sunburst symbols and labeled as Toletum and Consabura. Other locations shown include Madrid, La Alcarria, La Sagra, Segóbriga, and various 'Mesa' (plateau) areas. The map also delineates regions like Mancha Alta and Mancha Baja, and mentions the Sierra de Alcaraz and Sierra Morera.

DIEGO SALVADOR CONEJO



Vision Libros

TIERRA DE CARPETANOS

TIERRA DE CARPETANOS

Diego Salvador
Conejo



Reservados todos los derechos. Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del Copyright, bajo las sanciones establecidas de las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento incluidos la reprografía y el tratamiento informático.

© 2011 TIERRA DE CARPETANOS

Diego Salvador Conejo

© 2011 Editorial: Vision Libros

C/ Magnolias 35 bis 28029 Madrid. España

Web: www.visionlibros.com Tel: 0034 91 3117696

ISBN: 978-84-9011-298-4

Descargado de: www.visionlibros.com

Disponible en papel y ebook

www.visionlibros.com

www.terrabooks.com

Pedidos a: pedidos@visionnet.es

Si quiere recibir información periódica sobre las novedades de nuestro grupo editor envíe un correo electrónico a: subscripción@visionnet.es

A Raquel

A Alejandro

A mis padres y hermana Olga

ÍNDICE

1. PRÓLOGO	17
2. HISTORIOGRAFIA DEL MUNDO CARPETANO.....	33
2.1. Etapa Historicista (1934-1977)	33
2.2. Etapa autonomista (1977-1993).....	38
2.3. Arqueología y Patrimonio (Desde 1993).....	43
2.4. Controversias estructurales del mundo carpetano	47
2.4.1. Polémica sobre el territorio.	47
2.4.2. Polémica sobre la identidad carpetana.....	50
2.4.3. Polémica sobre la iberización.....	52
2.5. Un apunte de futuro	54
3. EL ROMPECABEZAS DE LA EDAD	
DEL HIERRO CARPETANA.....	57
3.1. Fisiología de la Edad del Hierro.....	58
3.2. Memorándum investigador	60
3.3. Con visos de futuro.....	63
4. PINCELADAS GEOGRAFICAS CARPETANAS.	65
4.1. Delimitación del territorio carpetano	
en las fuentes clásicas.....	65
4.2. Delimitación del territorio carpetano	
según investigaciones actuales.....	73
5. LOS CARPETANOS COMO ETNIA:	
ETNOGENESIS Y ETNONIMIA.....	87
5.1. Los Carpetanos como etnia.....	87
5.2. Las Gentilidades	93
5.3. Evolución de los grupos humanos	
en territorio carpetano. La etnogénesis carpetana.....	95
5.4. Las influencias célticas e ibéricas en la Carpetania	104
5.5. Los etnónimos de la Hispania antigua.....	110
5.6. Los Olcades, ese “apéndice de los carpetanos...”	113

6. EL HABITAT CARPETANO	121
6.1. El poblamiento durante la Segunda Edad del Hierro en la Carpetania.....	121
6.2. Lugares de habitación.....	134
6.3. Origen de los principales municipios romanos de la Carpetania.....	136
6.3.1. Toletum prerromano.....	136
6.3.2. Complutum prerromano	138
6.3.3. Consabura prerromana.....	140
6.3.4. Varcila prerromana	141
6.4. Otros castros carpetanos de época prerromana.....	143
6.4.1. Cerro del Ecce Homo (Alcalá de Henares, Madrid).....	143
6.4.2. El Salto del Cura (Alcalá de Henares, Madrid)	143
6.4.3. Cerro Redondo (Somosierra, Madrid).....	143
6.4.4. La Gavia (Villa de Vallecas, Madrid).....	143
6.4.5. El Llano de la Horca (Santorcaz, Madrid).....	146
6.4.6. Dehesa de la Oliva (Patones de Abajo, Madrid)	149
6.4.7. Redueña (Madrid)	151
6.4.8. El Cerrón de Illescas (Toledo)	151
6.4.9. El Cerro del Gollino (Corral de Almaquer, Toledo)	153
6.4.10. Cerro de las Nieves (Pedro Muñoz, Ciudad Real).....	156
6.4.11. El Colegio (Valdemoro, Madrid).....	156
6.4.12. Laguna del Campillo, Miralrío (Rivas-Vaciamadrid, Madrid)	157
6.4.13. Plaza Moros (Villatobas, Toledo)	159
6.4.14. Arroyo Culebro (Perales del Río, Getafe, Madrid).....	161
6.4.15. Arroyo de la Recomba o Arroyo Culebro (Leganés, Madrid)	163
6.4.16. Cerro de la Fuente de la Mora (Leganés, Madrid)	164
6.4.17. Cerro de las Canteras (Yeles, Toledo).....	166
6.4.18. Pozo Villarejo I y II (Villanueva de Alcardete, Toledo).....	166

6.4.19. La Ribera (aeropuerto Madrid-Barajas).....	167
6.4.20. Santa María (Villarejo de Salvanés, Madrid).....	168
6.5. Ciudades carpetanas de dudosa localización	170
6.5.1. Aebura.....	170
6.5.2. Laminium.....	171
6.5.3. Alce	173
6.5.4. Contrebia Carbica / Segóbriga.....	174
6.5.5. Caracca	177
6.5.6. Titulcia.....	177
6.5.7. Mantua	179
6.5.8. Varada	180
6.5.9. Miaccum.....	180
6.5.10. Ispinum	180
7. ROMANIZACION, DIVINO TESORO	181
7.1. La conquista de la Carpetania	181
7.1.1. Los carpetanos en las fuentes clásicas	182
7.1.1.1. <i>Los textos de Tito Livio</i>	190
7.1.1.2. <i>Los textos de Apiano</i>	192
7.1.1.3. <i>Los textos de Ptolomeo</i>	193
7.1.1.4. <i>Los textos de otros autores</i>	193
7.1.2. Presencia celtibérica en la Carpetania.	194
7.2. Desintegración, romanización y municipalización	198
7.3. Organización del territorio	202
7.3.1. Criterios de organización territorial en Hispania.....	202
7.3.1.1. <i>La organización territorial según Plinio</i>	203
7.3.1.2. <i>La organización territorial según Tito Livio</i>	204
7.3.1.3. <i>La organización territorial según Ptolomeo</i>	205
7.3.1.4. <i>La organización territorial según Apiano</i>	206
7.3.1.5. <i>Teoría organizativa de Untermann</i>	207
7.3.2. Estructuración del territorio carpetano	210
7.3.3. Las vías.....	215
7.3.4. Las mansiones	218
7.3.5. Los núcleos rurales	219
7.4. Los grandes municipios carpetanos	220
7.4.1. Toletum	221
7.4.2. Complutum	227
7.4.3. Consabura.....	232

7.5. Otros municipios menores.....	234
7.5.1. Varcila.....	234
7.5.2. Laminium.....	235
7.6. Otros aspectos de la romanización.....	236
7.6.1. Pervivencias indígenas en la epigrafía romana.....	236
7.6.2. Pervivencias indígenas en la cerámica romana.....	238
7.7. La figura de Sertorio.....	238
7.7.1. Sertorianismo y antisertorianismo en la Historiografía romana.....	239
7.7.2. Significado y simbología de la personalidad de Quinto Sertorio.....	243
7.7.3. El concepto de <i>pietas</i> en Sertorio.....	248
7.7.4. La guerra sertoriana.....	253
8. ECONOMIA.....	257
8.1. Economía prerromana.....	257
8.1.1. El entorno natural.....	257
8.1.2. La importancia de la sal.....	258
8.1.3. Centros productores de cerámica.....	260
8.1.4. El aprovechamiento agrícola y forestal del territorio.....	261
8.1.5. El aprovechamiento de la fauna.....	263
8.1.6. La minería y metalurgia.....	265
8.1.7. Artesanía.....	266
8.1.8. El intercambio en las sociedades mesetarias.....	267
8.2. Economía de la época romana.....	268
8.2.1. Agricultura.....	268
8.2.2. Ganadería.....	270
8.2.3. Comercio.....	272
8.2.4. Cerámicas.....	272
8.2.5. Villas.....	274
8.2.6. Minería.....	275
8.2.7. Objetos de uso personal.....	276
8.2.8. Economía monetaria.....	276

9. CREENCIAS Y MENTALIDAD CARPETANAS	279
9.1. Época prerromana	279
9.1.1. El dios sin nombre	279
9.1.2. La influencia de la religión céltica	285
9.1.3. El culto al caballo	288
9.1.4. Aniconismo militante	288
9.1.5. Ausencia de teónimos carpetanos	289
9.1.6. Ocno-Bianor	290
9.1.7. El ritual de los canteros	290
9.1.8. El culto acuático	291
9.1.9. La fiesta taurina	293
9.1.10. Estelas funerarias	297
9.1.11. Combates fúnebres	297
9.1.12. Música y danza	298
9.2. Época romana	299
9.2.1. Nuevos y viejos dioses en armonía	299
9.2.2. El culto al Emperador	311
9.2.3. La mitología romana en el arte de la Carpetania	313
10. APROXIMACIÓN A LAS LENGUAS	
PRERROMANAS	315
10.1. Fundamentos de la identificación lingüística	315
10.2. Difusión del latín y persistencias indígenas y de los pueblos colonizadores	317
11. EL HUERTO DE LOS CALLADOS	321
11.1. Las necrópolis de incineración de la Edad del Hierro.	321
11.2. El ritual de la cremación	325
11.3. La necrópolis de incineración de Cerro Colorado	326
11.4. La necrópolis de El Vado	328
11.5. La necrópolis de Palomar de Pintado	329
12. ECOS DE SOCIEDAD	333
12.1. Organización social	333
12.2. Gentilidades, Hospitium y clientelas	336
12.3. Disolución del sistema gentilicio	341
13. CERAMICA CARPETANA	343

14. EL CARPETOVETONISMO**MÁS CARPETOVETÓNICO..... 347****15. Y PARA CONCLUIR... 361**

- 15.1. Los carpetanos en la Historiografía 361
- 15.2. Terra incognita 362
- 15.3. Clases de geografía..... 364
- 15.4. Talante carpetano 364
- 15.5. Los confines carpetanos..... 365
- 15.6. El ¿pueblo? carpetano..... 366
- 15.7. Maneras de vivir..... 367
- 15.8. Ascenso y declive de los carpetanos..... 371
- 15.9. Romanos en la Carpetania 372
- 15.10. El buen yantar 374
- 15.11. El opio del pueblo 376
- 15.12. Discusiones carpetanas..... 378
- 15.13. El huerto de los callados..... 378
- 15.14. Ecos de sociedad..... 379
- 15.15. Trastos de cocina 380

BIBLIOGRAFIA 381

1. PRÓLOGO

Es mi deseo comunicar al paciente lector que se arriesgue a echarle un vistazo a estas páginas, mi loable pretensión de que este libro sea una obra de divulgación, pero que no por ser de esta índole, carezca de la necesaria rigurosidad que el tema requiere. Soy consciente de los escasos testimonios existentes acerca de los carpetanos y de la Carpetania, conceptos que pueden llegar a ser bastante dispares, puesto que la Carpetania es una idea geográfica y administrativa perteneciente a una época en que los romanos habían ocupado Hispania y los “carpetanos” no son más que la denominación griega que aparece en las fuentes clásicas (transcrito *karpetanoi*) de unas gentes que posiblemente ya por entonces no tenían de sí mismas noción alguna de entidad cultural ni política unitaria de actuación frente a los diversos avatares que les cayeron en gracia (o desgracia, llegado el caso). Unidad que, sin embargo, fue transparente para aquellos primeros cronistas, perspicaces y observadores, de origen latino y griego que dieron la primicia sobre aquellas tierras crueles e inhóspitas, acompañando al ejército o siendo ellos mismos militares. Después vendrían las fuentes de segunda mano, basadas en las primeras alusiones a estos pueblos mesetarios, otrora indómitos, sumisos en la romanización tardía, después de Sertorio, pero siempre singulares (el célebre chascarrillo franquista del “Spain is different” proviene de entonces).

He tratado de la manera más esmerada posible, partiendo de mis pocos conocimientos y de mis crudas y ásperas circunstancias vitales y laborales, de compilar los intrincados datos que he localizado tanto en la historiografía general de los pueblos prerromanos, relativamente fácil de localizar, como en los más rebuscados y especializados artículos, generalmente de origen universitario, sobre diferentes aspectos de la cultura conocida como “carpetana”, y en recursos digitales publicadas en internet por los miembros más eruditos de las fuerzas vivas e intelectuales de municipios interesadas en su pasado más remoto, y que han escarbado minuciosamente en busca de riquezas arqueológicas e históricas que permitiese una eficiente explotación turística. Algunos, por no decir la gran mayoría de estos recursos que he conseguido extraer de la Red (las 3 “w”), son documentos digitalizados, por suerte para mí, de ensayos aparecidos en revistas muy versadas en arqueología, prehistoria y protohistoria, cuya consulta suele redu-

cirse, salvo honrosas excepciones, a los miembros más curiosos de la exigua comunidad investigadora universitaria, y a las que he podido acceder sin mayor problema desde mi domicilio, y sin desplazarme en exceso, vía ADSL, por obra y gracia de las nuevas tecnologías, que no sólo sirven para cotilleos varios como las ya manidas redes sociales, que gozan de gran predicamento en éste nuestro mundo materialista, práctico y pragmático. Debido a las ya citadas coyunturas personales de quien les habla, que no vienen al caso y que no voy a detallar para no aburrir al lector, por desgracia, el acceso a bibliotecas universitarias y otros centros culturales similares se me ha antojado prácticamente imposible por carecer del tiempo necesario para bucear entre los ajados y marchitos legajos susceptibles de alumbrar noticias medianamente verídicas sobre nuestros ancestros meseteños de la Edad del Hierro y del periodo romano.

Pero he de decir, que no todo han sido inconvenientes e impedimentos, pues ese caso adverso, no habría sido capaz de elaborar con pretendido acierto este ingente volumen. Husmeando con fortuna en la Red, fue todo un éxito descubrir, casi por casualidad y con gran tino, referencias en la web sobre una publicación del Museo Arqueológico Regional de Madrid (MAR), que recoge varios artículos de autores de reconocida experiencia arqueológica y docente, muy avezados en la Edad del Hierro del centro peninsular, cuya segunda etapa es la que me concernía a la hora de abordar mi particular investigación. Así es que he considerado conveniente, sin más ni más, basar gran parte de mi estudio sobre los brumosos e ignotos miembros de la etnia carpetana y sus circunstancias vitales en esta publicación del MAR y en los artículos digitalizados accesibles con facilidad en Internet, que gracias al indudable genio tecnológico del hombre, nos pone la información (y desgraciadamente también la desinformación más descarada) al alcance de nuestras manos. Evidentemente, al proceder de este modo, supongo que habré dejado en el tintero bastantes e importantes informaciones y opiniones autorizadas que posiblemente tuviesen sobrado interés, pero no obstante, considero que la selección de datos ha sido lo suficientemente amplia como para que cualquier profano en la materia que nos atañe, pueda iniciarse sin mayor problema en el apasionante aprendizaje de los diversos aspectos de la vida cotidiana de los habitantes de la Meseta sur de hace la friolera de dos mil años. Y la bendita y sacra

Madre Naturaleza me libre de la soberbia que pueda haber arrojado en esta frase plena de inmodestia y presunción.

Pues este libro no pretende ser un *best-seller*, ya me gustaría a mí, vistos los pingües emolumentos que ocasionan al afortunado autor o autores, ya que a pesar de su carácter divulgativo y difusor, no va dirigida en esencia a ningún gran público, sino a aquellas personas, que siendo legas en la materia, mantienen un interés y conocimientos suficientes de Historia (con mayúscula, por supuesto), ante todo en la minúscula parcela que abarca la Historia Antigua de la Península Ibérica, apasionante desde mi modesto punto de vista. Cada licenciado o doctor en Historia tiene sus preferencias en cuanto a época y lugar, sobre las que encauzar incursiones investigadoras o simplemente, meras lecturas lúdicas, muy válidas para la particular instrucción de cada uno. Yo, como aficionado, no podía ser una excepción, y es mi caso indagar sobre la época de Viriato, Indíbil y Mandonio, Istolacio e Indortes, pasando por nuestros buenos “amigos” y reconocidos púnicos norteafricanos Amílcar Barca, los Asdrúbales o el gran estratega Aníbal, los romanos Escipiones y sus astutos y ambiciosos legados y sucesores...

Ahora bien, si en un principio anhelaba acometer un estudio más o menos pormenorizado sobre los carpetanos y su ambientillo cotidiano, además de delimitar geográficamente la zona donde vivieron estos vigorosos muchachotes y muchachotas, también debía acotar cronológicamente las peripecias de nuestros protagonistas. Y en un momento de indiscutible y clarividente lucidez, decidí obviar de un fugaz plumazo la I Edad del Hierro, momento en el que nuestros santísimos pueblos peninsulares no estaban todavía individualizados en los sesudos escritos de los ocurrentes cronistas grecolatinos. Comencé a recoger datos arqueológicos y hechos fechados a partir del siglo V a.C., cuando parece que los carpetanos ya son carpetanos propiamente dichos (¿y anteriormente, qué repámpanos eran sino precarpetanos o protocarpetanos?), particularización que concuerda casi exactamente con el inicio de la II Edad del Hierro, tan rica en novedades, y no sólo tecnológicas, sino también socioeconómicas, que conllevarían a buen seguro cambios formidables en las formas de vida tradicionales de aquellas gentes. Y he querido finalizar esta oscura historia adentrándome someramente con temor incluso en época romana bajoimperial,

no atreviéndome a sobrepasar siquiera el umbral de la etapa visigoda, cuyos gerifaltes políticos y dirigentes eclesiásticos, sin embargo, se dieron el gustazo de crear una provincia eclesiástica con el remoto nombre de Carpetania. Mi interés se ha dirigido más en profundidad hacia las etapas romanas inmersas dentro de sistemas políticos como la República oligárquica y el Principado, dos períodos en los que parece difuminarse el plazo concedido por la divina providencia a lo "carpetano". Irrumpe con inusitada, descomunal fuerza, el vigor y la pujante energía que concede la eficaz administración provincial romana, el concepto geográfico de la Carpetania, soportado por una idea no sólo cosmográfica, sino también sociopolítica, una abstracción que cristalizó probablemente antes de la aparición de los insaciables romanos en el centro de la Península.

Me ha parecido adecuado aportar una rigurosa revisión del hábitat carpetano, a fuer de parecer cargante (inclemente pero necesario, no obstante) a partir de los registros arqueológicos extraídos de los yacimientos, repaso que he juzgado didáctico dividir según los asentamientos excavados más importantes. Pero también efectuar una sucinta reseña de aquellos supuestos asentamientos carpetanos que brillaron con luz propia en las fuentes que alumbraron los grandes geógrafos clásicos. Hablamos, claro está, de Estrabón y Ptolomeo. Pero siempre con la certeza de que muchas de las referencias que estos buenos señores prometían como verdaderas, no hacen más que inducir a algunos errores geográficos, ubicaciones que han sido buscadas sin descanso pero con deleite por los investigadores desde los inicios del cientifismo decimonónico y en adelante, y asignadas con desparpajo y sin acritud a diversas localidades actuales. Al profundizar personalmente en un asunto en el que era analfabeto funcional, y me atrevería a asegurar que total y absoluto, me ha sorprendido tristemente constatar la pobreza de los restos dejados o encontrados pertenecientes a esta nuestra cultura mesetaria ancestral. Nada que ver con los descubrimientos en grandes yacimientos de culturas vecinas como la celtíbera o la vettona, cuyos objetos materiales en ocasiones son de una brillantez desconocida entre los humildes carpetanos, pero pobres todavía con respecto a espectaculares hallazgos centroeuropeos. Y eso que algún juicioso cronista mencionó a los carpetanos como uno de los pueblos más poderosos del interior peninsular, aunque vaya usted a saber en qué fundamentaban tan magras aseveraciones. Aunque el

hallazgo del Plato de Medusa en Titulcia ha abierto una nueva ilusión en la deprimida conciencia de los castellano-manchegos y madrileños de hoy. Al menos de aquellas pocas personas de ambas comunidades autónomas que están “en el ajo” carpetano.

El capítulo dedicado a la historiografía carpetana está basado en su totalidad (no tengo la erudición necesaria para acometerla por hallarme fuera del círculo universitario) en los trabajos de Jorge de Torres Rodríguez, quien ha abordado el asunto desde una postura muy crítica y fiscalizadora, pero a su vez, altamente constructiva. G. Ruiz Zapatero y Antonio F. Dávila han sido pilares básicos para desenmarañar los problemas teóricos insondables que entraña el estudio de un periodo tan oscuro como el enmarcado por la Edad del Hierro carpetana. Y en la práctica arqueológica, fundamentalmente los estudios y conocimientos de Concepción Blasco Bosqued, Pilar González Conde o Dionisio Urbina, sin olvidar de ninguna manera los tratados ya clásicos de Almagro Gorbea o José María Blázquez, me han abierto los ojos. Y eso sólo por nombrar a algunos autores, puesto que unos cuantos más se han impuesto la ardua tarea de bucear con gran pundonor y coraje en el temita de marras, y ello sin perjuicio de la falta de monetario galopante que planea sobre la mayoría de los proyectos de investigación, lacra endémica del panorama científico español, especialmente sangrante en el asunto de los carpetanos, que jamás ha gozado de la consideración de proyecto estrella. Ya se sabe. Unos nacen con estrella y otros estrellados, y a los carpetanos les ha tocado la china de pertenecer a este último grupo de “eminencias”...

Antonio F. Dávila se plantea una serie de interrogantes que afecta al estudio de la Edad del Hierro carpetana, y considera su historia como “a medio contar”, quejándose del escaso interés que despierta entre investigadores “lo carpetano” y por descontado en el gran público, habituados como estamos a los hallazgos espectaculares, dentro de un orden, eso sí. Evidentemente no es lo mismo la magnífica Alhambra granadina que el humilde yacimiento del Pontón de la Oliva, que interesa a cuatro gatos mal contados, pero éste último, por poner un ejemplo, posee el tibio encanto de lo frugal y modesto. Aspecto clásico en la historiografía carpetana es la dichosa delimitación geográfica, desde los tiempos ya lejanos de Ptolomeo y Plinio, algo que no podía dejar de tratar en esta obra. De igual modo tampoco podía dejar de referirme a la etnogéne-

sis del pueblo carpetano, su generación como etnia a lo largo de los siglos previos inmediatos a su irrupción en la Historia de la mano de los escritores que tuvieron noticias de ellos, ya fuese directa (más raro) o indirectamente (lo más normal). Y los olcades, ese “apéndice de los carpetanos”, en palabras de don Blas Taracena, una de las grandes personalidades que se significaron en la construcción de lo que es hoy el gran yacimiento soriano de Numancia, también tienen su huequito en el capítulo dedicado a la etnogénesis carpetana, por su condición de primos hermanos de los carpetanos. Y no menos interesante me ha parecido el trabajo ya clásico del lingüista, indoeuropeísta, filólogo y epigrafista alemán Jürgen Untermann sobre los etnónimos peninsulares, dentro de los cuales incluye un apartado específicamente dedicado a los carpetanos, lo cual no deja de ser complicado, ya sea al menos por la penuria de sucesos conocidos. Economía, sociedad y elementos materiales como la cerámica, intrínsecamente tratados dentro del vasto y a la par tedioso apartado dedicado al hábitat, también cuentan con su propio capítulo donde he intentado profundizar un poco más a la luz (más bien a la sombra) de trabajos específicamente destinados a su estudio. Las creencias religiosas específicamente carpetanas antes de los romanos son más difíciles de investigar, en gran manera porque los trabajos que arrojan alguna información, abordan generalidades del mundo céltico hispano, dentro del cual, con matices, se suele incluir el ámbito carpetano. Más fácil es dar con la clave de la religiosidad en época romana, pues epigrafía y arqueología facilitan numerosas pistas sobre las divinidades del panteón grecorromano, objeto de culto en la Meseta sur, amén de la información sobre la propia devoción al emperador, de la mano de la existencia cierta y probada de determinadas instituciones municipales como los apocados colegios de *sevires*.

En el capítulo dedicado a la lengua carpetana también he debido ceñirme a estudios generales que sobrepasan este reducido ámbito, y que se refieren al conjunto de las lenguas prerromanas hispanas, pues entra dentro del campo de la conjetura tratar de ideas suficientemente plausibles de lo que representó en su tiempo la lengua carpetana, aunque no podemos errar demasiado si la emparentamos con las lenguas celtibéricas.

El mundo funerario, así como el socorrido hábitat, son asuntos muy trillados cuando se abordan temas de los que carecemos de referencias

escritas suficientes, puesto que implica un gran esfuerzo interpretativo añadido sobre los aspectos más relevantes de una sociedad a partir casi exclusivamente de los restos materiales que han llegado hasta nosotros. Muchos de esos vestigios o no han perdurado por múltiples causas o no han sido todavía encontrados y esperan pacientemente bajo tierra a desvelar sus secretos. Las necrópolis, anexos inherentes e inevitables de los asentamientos residenciales humanos, proporcionan una vasta información sobre los modos de vida de estas culturas ágrafas, huérfanas del conocimiento de la escritura al menos antes de la llegada de los enérgicos invasores púnicos y romanos, que buscaban algún asunto en el que entretenerse, y alguna tierra de la que apoderarse, pues buena falta les hacía para presentar sus cartas frente al temido adversario ante los oscuros propósitos de hegemonía en el Mediterráneo Central y Occidental de unos y otros encarnizados rivales.

El hábitat carpetano y la romanización impuesta para bien o para mal son el motor y corazón de esta obra, cuyos capítulos más densos y amplios, han sido logrados tras obtener una vasta información sobre esta temática, de la cual he podido explayarme con cierta holgura, dentro de la moderación inherente a mi condición de neófito en la materia.

En resumidas cuentas, y como diría Torres Rodríguez al enfrascarse en su exhaustivo e íntegro estudio historiográfico, no hay demasiadas obras aplicadas exclusivamente al mundo carpetano. Es por ello por lo que ha sido mi objetivo y la razón de mi exigente trabajo el intentar poner un poco de orden, dentro de lo posible, y reunir en una obra unitaria, la exigua información y conocimiento de lo que hay, descubierta durante mi investigación. Como diría el profesor José Luis Martín, insigne medievalista de la Universidad Nacional de Educación a Distancia, “se hace necesario el compromiso de la Universidad con los ciudadanos”. Son éstos, al fin y al cabo quienes sustentan las instituciones docentes. Ese compromiso es un deber apenas existente todavía hoy, de modo que hagamos lo posible por llegar a un público más numeroso, fuera del ámbito universitario, a través de actividades de divulgación, que partiendo de datos contrastados, puedan ser comprensibles para un profano. A pesar del necesario rigor en la información transmitida, he intentado vulgarizar en alguna medida el lenguaje especializado de la bibliografía consultada, para hacer más

comprensibles algunos conceptos, e insertar notas aclaratorias a pie de página de los vocablos, personajes y conceptos que me han parecido necesarios. Quizás no haya conseguido ese primer objetivo, pero deseo que el lector piense que lo he intentado. También es cierto que escribo desde fuera del ámbito universitario y docente, que son quienes dedican sus mayores esfuerzos a la investigación en este bendito país, muchas veces contra viento y marea y a pesar de muchas instituciones públicas y privadas que no lo ponen nada fácil, y menos aún en tiempos de la crisis tan feroz que estamos soportando (escribo esto en 2011). Mi intención está fuera del gran público y al tiempo dentro, pues formo parte de unos y de otros, por un lado, fuera del ámbito universitario, pero también del común usuario, por lo que opino que mi postura es capaz de satisfacer a unos y otros. Y ojalá así fuera, puesto que significaría que he alcanzado mi objetivo supremo de satisfacer a todos, algo prácticamente imposible y muy polémico, como diría el poeta. Y como diría aquél... ¿por qué están haciendo llorar al poeta? ¡Qué sé yo!.

Me ha parecido absolutamente necesario asimismo acometer un sucinto capítulo que resumiese someramente las diferentes tipologías cerámicas recogidas a lo largo del costoso estudio del inclemente hábitat carpetano, a fin de reunir las en un mismo lugar y facilitar al lector un aprendizaje más profundo y desde un punto de vista más didáctico, que simplifique la ardua instrucción de tan embrollada materia, y que lo es, a fe del autor, pero ineludible para abordar “lo carpetano” con ciertas avaluas y garantías.

El capítulo más personal y extravagante, no exento de audaz pintoresquismo, es aquél en el que me sumerjo a calzón quitado, sin ambages y de lleno en las cuitas derivadas del carpetovetónismo más carpetovetónico. Por supuesto no dejan de ser opiniones hondamente personales con las cuales es normal que el lector no comulgue. Y no espero que lo haga, empero, aunque también es de justicia reconocer que ha sido la sección del libro cuya confección me ha sido más halagüeña, satisfactoria y amena, a la par que placentera y jovial, reflejando de alguna manera, parte de mi más recóndito pensamiento y sombría filosofía ante la más luminosa y refulgente existencia vital.

He considerado coherente con el carácter asequible y campechano de obra divulgativa no tratar a pie de página farragosas notas bibliográficas que podrían hacer perder al lector el hilo conductor del libro. Ya he llamado la atención sobre este tema más arriba. He estimado muy conveniente incluir notas aclaratorias extraídas de la Wikipedia o de la RAE, acerca de términos o conceptos algo confusos o excesivamente técnicos para el común lector. Al menos para mí lo eran mientras los plasmaba sobre el documento, no alberguen duda alguna. La bibliografía queda suficientemente bien condensada en su lugar correspondiente, para ser consultada sin aspereza en caso de desear ampliar conocimientos sobre temas que en esta obra, precisamente por su carácter difusor, pudiesen quedar algo cojos de información. Me he permitido el lujo, ausente de mí cualquier atisbo de presunción, de incluir, además de los gráficos elaborados por mí mismo con las herramientas informáticas de que dispongo, alguna que otra ilustración entresacada de la bibliografía consultada e intercalada en el escrito a fin de hacer más agradable, transparente y liviana la prócer lectura del engorroso texto y de clarificar la información, pues ya sabemos que más vale una imagen que mil palabras. Las láminas están debidamente documentadas, y por supuesto referidas y asignadas sin dilema a su distinguido autor o autores.

Este ha sido el plan del proyecto que me he propuesto llevar a buen puerto durante los meses del último año transcurrido y que ha absorbido oportuna parte de mi espontáneo bagaje intelectual. Es una declaración de intenciones en la que uno no sabe si va a poder cumplir objetivos o no. Dependerá en buena medida de la opinión que merezca al lector que se atreva a sumergirse en estas luengas páginas y de su absorta comprensión de la excelsa materia que nos ocupa con gran deleite. Si el usuario no encuentra amena la lectura de esta obra, evidentemente los objetivos propuestos en un principio no habrán sido finalmente alcanzados como se pretendía. Por ello, he tratado de introducir unas levísimas gotas de cierto sentido del humor, muy personal desde luego, o al menos cierto tono desenfadado, que siempre ayuda a caminar por entre las ininteligibles y a veces tediosas páginas de los graves libros de Historia. Esta idea me la sugirió una obra escrita por Terry Jones, miembro fundador del agudo grupo humorístico británico “Monty Phyton”, quien se atrevió con descaro y rigor a acometer un interesante ensayo sobre la actuación despreciable del

Imperio romano (como la de todos los imperialismos a lo largo de los siglos, ya sean español, francés, británico, norteamericano, ruso, chino o japonés), desde un prisma encaramado en el inteligente y acerado humor anglosajón, pero no exento de severidad y crítica histórica. La gravedad con que se aborda la Historia en los países mediterráneos de tradición latina no considero que sea la más adecuada para abducir cual alienígena absorbente a un amplio público, y es por ello por lo que decidí introducir alguna pincelada, menor de las deseadas, dentro del texto, a fin de lograr interesar al lector, y para que no dormitase subrepticamente mientras atacaba la soporífera enumeración de yacimientos carpetanos en el capítulo correspondiente al hábitat. Espero haber conseguido este propósito, pero no las tengo todas conmigo, pues bien es cierto que cada cual tiene su peculiar sentido del humor, del que nadie carece, por más que permanezca oculto. Disculpe el lector el lacerante “truño” perpetrado en aras de la más perfecta difusión posible del saber vislumbrado y yuxtapuesto al carpetonismo más carpetovetónico, en su vertiente erudita e informante del pueblo o etnia, o como “carajo” se le quiera denominar, de los carpetanos, o en su extensión más amplia, de qué es “lo carpetano”.

Es cierto que en este prólogo me dirijo a Vd. desde la primera persona del singular, pero después, como tendrá ocasión de entrever el perspicaz lector, me he pasado alegremente y sin previo aviso, a dirigirme al que lea este texto, desde el “nos mayestático”, como hacen los deportistas hispanos más brillantes, supongo que por humildad o por mor del aplicado equipo de trabajo que tienen tras ellos y que sustentan sus deslumbrantes éxitos. No es mi caso, puesto que ésta es obra producto de una sola mano, y que cuesta lo que nadie sabe, amén de los cambios que pudiese introducir una buena edición, pero me ha parecido oportuno hacerlo así. Cada uno es cada uno, y Dios en la casa de todos. Cayo Julio César, a quien decían el más grande de los romanos y a fe que lo digo con conocimiento de causa, escribía sus diligentes comentarios de las guerras civiles y de la guerra de las Galias en tercera persona. ¿Humildad? ¿Soberbia encubierta? ¿Orgullo, altanería, modestia, sencillez,...? Posiblemente César fue de todo menos modesto, pues se decía descendiente de la mismísima diosa Afrodita a través del troyano Eneas y su descendiente Iulo, rey de Alba Longa, ciudad cercana a Roma, y su actuación durante toda su trayectoria política fue un dechado de soberbia, manipulación, brillantez y mi-

nuciosidad en cada una de las actuaciones que acometía. En fin, una demostración de lo que debía ser el mayor genio político y militar de su época.

Ahora bien, si yo preguntase a cualquier persona “normal” que se cruzara conmigo por la calle qué entiende por “carpetanos” y “Carpetania”, posiblemente pondría los ojos redondos como platos y diría cariacontecido: “¿Coooooooooooooooooooooooooooo? ¿Puedes repetir la preguntaaaaaaaaa?”. Y en el mejor de los casos (a mí me pasó cuando me planteé este trabajo), lo más probable es que únicamente se le venga a la cabeza cosas cotidianas como la Vía Carpetana de Madrid capital. Y hasta alguno algo más espabilado incluso lograría citar sin pudor el prolongado cordal montañoso conocido como Montes Carpetanos, que limitan por el norte el valle medio del río Lozoya en la Comunidad madrileña. Y poco o nada más. La razón de este desconocimiento supino es la escasa información disponible para el público no universitario. Estoy convencido que si le preguntan a un soriano por los celtíberos, seguro que se le ilumina el rostro y los considera sus antepasados, y aún sería capaz de largar cierta diatriba sobre tan apreciada materia. Pero eso no pasa con los carpetanos en Madrid, Toledo, Ciudad Real, Cuenca..., porque no hay conciencia ni colectiva ni individual del hecho de habitar una comunidad de personas con ancestros famosos, como el caso de los sorianos con los celtíberos (especialmente los numantinos) y si me apuran, el de los abulenses con los vettones (sí, sí, ésos de los de los verracos, bonito “palabro” que no es más que una derivación del latín “cerdo” (*verres*)).

Quizá el “carpetanismo”, todo aquello que tiene que ver con “lo carpetano”, que acoge las distintas fisonomías de esta etnia, interese a muy pocos, pero no debería dejar tan indiferente a tantos, como lo hace desgraciadamente ahora. Creo que es necesario aproximarse a esta materialidad que lo fue, en la medida de lo posible a una realidad que existió hace más de dos mil años, y de la que actualmente apenas escudriñamos huellas aparentes: unos zócalos de una modesta vivienda por aquí, unas ceramiquillas jaspeadas por allá, unas sobrias e inveteradas armas dobladas y partidas, oxidadas e incompletas por acullá, o unas vagas referencias, imprecisas, indefinidas, en los doctos textos de los autores clásicos que pusieron su particular empeño en desentrañar los inextricables y enigmáticos misterios carpetanos y en

escarbar la punta del iceberg de lo que fue este pueblo del interior de la piel de toro peninsular. Quizás no fueron muy relevantes militarmente, ¡o sí! ¿Quién sabe?, ora eran más celtíberos que otra cosa, ora otros pueblos más afamados tenían mayor caché desde la óptica imperialista romana, o... ¡vaya usted a saber por qué!. Tampoco se han esforzado demasiado los investigadores autóctonos y demás eruditos en desenmarañar un trocito de la vida cotidiana de aquellos grupos humanos que habitaron la parte del interior peninsular que coincide con la submeseta sur, que básicamente concuerda con el territorio donde se desarrolla todo este tinglado protagonizado por los habitantes de los escarpes yesíferos mesetarios hace la torta de años. Y si estos estudiosos lo han hecho es a costa de improbables esfuerzos que han costado “sangre, sudor y lágrimas”, puesto que las instituciones competentes no se han ocupado demasiado de este asunto, por ser en verdad, muy poco rentable. Es justo reconocer que los restos encontrados, catalogados y atribuidos a estas buenas gentes, guerreras, indómitas, sumisas, dóciles, imperecederas, inmortales, son demasiado humildes y modestos como para siquiera conseguir interesar a un mínimo a personas cabales. Y casi son descartables las reducidas posibilidades de realizar un descubrimiento espectacular de nuestros carpetanos, que les pusiera en la cresta de la ola, como sucede con otros pueblos prerromanos contemporáneos de estos esforzados habitantes del Tajo y sus afluentes tributarios. Plato de Medusa aparte.

Pero merecen ser recordados. Como seres humanos que han dejado su huella en el limitado espacio de un lugar de este planeta de un remoto sistema solar de una inhóspita esquina de la Vía Láctea, a su vez, remota esquina de algún lugar remoto del universo. ¡Qué poca cosa somos y cómo nos quejamos por nimiedades! Un recuerdo que permita a las personas que vivimos en el siglo XXI sobre el mismo suelo que hoyaron estos antiguos antepasados, tener la conciencia de que cualquier pasado no fue mejor, ni mucho menos, pues las condiciones de vida de estas gentes debieron ser durísimas, aunque estaban habituados a ello, y no lo verían así como lo vemos nosotros desde nuestra poltrona tecnológica. Pero progreso no implica mejores condiciones de vida, por mucho que se empeñasen los ilustrados del siglo XVIII. Aunque no hay más que observar los modestos vestigios legados por nuestros respetados ancestros, para comprobar que muy bien no debían pasarlo en su quehacer cotidiano y rutinario. Aunque bien cierto

es que no conocieron otro tipo de existencia menos miserable, más enriquecedora y llevadera, y por lo tanto solían conformarse con lo poco que tenían o con anhelar las cosillas que pudiesen disfrutar sus vecinos, quienes en resumidas cuentas, debían poseer tan poco como lo que poseían nuestros protagonistas. Ojos que no ven, corazón que no siente, que dice el viejo refrán.

Pero, ¿por qué considerar su vida miserable, me pregunto? Puede que en su fuero interno considerasen su realidad como la mejor de las posibles, andando a la gresca con sus vecinos, por un no-me-robes-las-ovejas, no-te-lleves-mi-trigo-que-este-año-no-como, y lindezas similares. Naderías, fruslerías, bagatelas, en fin, comparadas con lo que les esperaba con la aparición en el rojo amanecer de los feroces imperialistas, primero cartagineses y después sus encarnizados enemigos romanos, de una capacidad depredadora desconocida e inimaginable en aquellos páramos y humedales relativamente sosegados hasta aquel entonces, con sus masacres controladas y hasta cierto punto comprensibles desde el prisma indígena, a quien le gustaba pegarse en armonía y buena vecindad, para aliviar la mala sangre, algo que con las bestiales actuaciones foráneas concluyó de manera fulminante.

Es menester efectuar un ímprobo y extraordinario esfuerzo intelectual, rebosante de inveterada abstracción, para pretender interpretar unos hechos históricos protagonizados por sociedades que pulularon sobre la faz sudmesetaria hace más de dos mil años. El supremo ejercicio de imaginación también debe ser excepcional, insólito me atrevería a decir, puesto que no queda más remedio que procurar abandonar la subjetividad que siempre nos acompaña como seres humanos que somos, de hombres del siglo XXI, para sumergirnos en el pensamiento de alguien del siglo III a.C. (alguien que no conocía ni el teléfono móvil, ni el internet, imperdonable a nuestros ojos), alguien tan alejado de nuestro propio ser, en todos los aspectos, no solamente tecnológicos, que son indudablemente los primeros que nos vienen a la cabeza, como nosotros estamos de una persona que viva en un futuro lejano como por ejemplo de mil años por delante de nuestra época. Seamos realistas: nuestra mentalidad no tiene nada que ver con la de alguien que vivió hace dos mil años. No es posible, no son experiencias vitales comparables. Pero es que también difiere de la generación de nuestros padres, igual que de la de nuestros hijos. Yo siempre he pensado que

la mentalidad de nuestros hijos es más cercana a la nuestra, mucho más que la de mi generación con la de mis padres, recién salida de una terrorífica guerra civil e inmersa en una sociedad hambrienta, rota, destrozada, pero con un Imperio que mantener a cuestas, como mandaban los cánones del nuevo régimen dictatorial emanado del conflicto fratricida.

La objetividad total y absoluta es un concepto que me atrevo a proponer inimaginable e inconcebible. Nadie está fuera de la subjetividad naturalmente limitante, subjetividad que nos otorga la propia época en que se habita y el mismo entorno que nos acota y restringe sobremanera, tiempo y entorno físico, mental, plagado de semblantes sociales, intelectuales, económicos, tecnológicos, fuera de los cuales no entendemos absolutamente nada. Es nuestra particular realidad, aquélla en la que andamos y nos sentimos inmersos y fuera de la cual nos sentimos perdidos y no somos nada. Ya lo dijo Ortega y Gasset en aquella frase acertada: “Yo soy yo y mis circunstancias”. Y es por este manojo de motivos por los que es netamente imposible hacernos siquiera una idea vaga de los acontecimientos sucedidos dos mil años atrás. Lo intentamos, a fe que lo intentamos. La Historia es esto: un intento de desentrañar, desenmarañar los misterios del pasado. Pero no pasa de ser sólo un intento, porque no estuvimos allí. Y es sencillamente poco viable ponernos en la piel del carpetano vestido con pieles curtidas de cabra u oveja, con el *sagum* que tanpreciado pareció a los soldados romanos, y que fue el manto característico de los varones hispanos, como muchos siglos después lo fue la capa. Esa prenda tradicional tan hispana, recortada a cal y canto al españolito de a pie a golpe de decreto por el voluptuoso y refinado ministro napolitano de Carlos III, el Marqués de Esquilache, aunque la cosa acabó de mala manera, como siempre que se trata de finiquitar la tradición más arraigada de un plumazo. Motín incluido.

Sin embargo es lo que tratamos por todos los medios de hacer, habitar el cuerpo y la mente de un carpetano de la época, a fin de aproximarnos a una interpretación lo más correcta posible. Nos acercamos mínimamente a lo que aconteció, pero ni por asomo poseemos la certeza absoluta. Yo no estuve allí. Y de haber estado, tendría una percepción de los hechos distinta, en mayor o menor medida que mi vecino de la cabaña de enfrente. De nuevo la vieja compañera del ser huma-

no: la pasmosa y acendrada subjetividad. El proceso de aproximación, ligero y liviano, eso sí, a los sucesos, constituye la esencia misma y profunda del mismo trabajo profesional del historiador. Ahí estriba precisamente su dificultad desmesurada. Yo he tratado de recopilar datos sobre un tema elegido por mí mismo, el de los carpetanos, pero no me siento capacitado para realizar una tarea rigurosa, ardua y profunda de interpretación, que es lo que debería hacer, pero no pretendo ir más lejos. Mi trabajo es el de compilar información, exclusivamente, y sin ninguna otra pretensión añadida. Y hacer que esa información recogida sea comprensible para el lector. Una tarea de recopilación con fines divulgativos.

Aun reconociendo mi limitación, sí que me veo con el genio suficiente como para aportar mi granito de arena, esperando que este libelo logre acercar la Carpetania, el país de los escarpes en palabras de Julio Caro Baroja y calificativo retomado muchos años después por Dionisio Urbina, y de sus habitantes a más número de lectores, lo cual no es muy descabellado, pues esa cifra es ahora insignificante, por no decir prácticamente nula.

Aunque licenciado en Historia, desgraciadamente no he conseguido aún dedicar a esta Ciencia Humana el tiempo que se merece, que es mucho, por no ejercer la profesión en estos tiempos oscuros que corren. Hoy por hoy, mis investigaciones constituyen nada más (y nada menos) un hermoso ejercicio lúdico que desearía mutase en profesional, cenit de mi satisfacción y plenitud como persona. En cierto modo, lo considero como un trabajo post-licenciatura sobre un tema elegido íntegramente por mí y sobre el que antes de comenzar las tareas de investigación y documentación, carecía de la más mínima noción. Bueno, sí. Ya me he referido más arriba a esto. La vía Carpetana es una avenida ubicada en el municipio de Madrid, en los Carabancheles, y los Montes Carpetanos delimitan Madrid por el norte. También confío en que los investigadores profesionales, alguno de los cuales he aludido en este prólogo, si es que alguna vez tienen oportunidad de hacerse con la lectura, sepan disculpar los posibles gazapos de todo pelaje y meteduras de pata estructurales que haya podido cometer este sufrido historiador en ciernes, quien a una edad ya madura, se ha permitido la licencia poética de introducir, como ya comenté más arriba una ligera dosis de humor en el grave texto, a la manera de los historiadores an-

glosajones, que espero no haya parecido mal a quien aborde la materia a fin de suavizar el ladrillo resultante y transformarlo en un rollo algo menos árido. Y ahora, si les parece bien, permítanme que ejerza de guía “cicerone” en la ingrata tarea de descubrir el difícil mundo de “lo carpetano”...

Lozoya, 12 de Junio de 2011

2. HISTORIOGRAFIA DEL MUNDO CARPETANO

Es bien conocida la falta de trabajos teóricos sobre la Carpetania y los carpetanos. Aun así, Jorge de Torres Rodríguez se atrevió a plantear una serie de fases o etapas en que dividir los estudios sobre el tema que nos ocupa, fases que vamos a pasar a describir y que van a ocupar parte de las páginas siguientes.

2.1. Etapa Historicista (1934-1977)

Si por algo se ha caracterizado el estudio del ámbito carpetano, sobre todo durante este período es por la falta de estudios y la mediocridad de los que se realizaron. Algo inherente, por desgracia, al mundillo cultural imperante durante la guerra civil, por razones obvias y durante la dictadura franquista, por razones ya no tan obvias, pero sí en razón de la paupérrima vida cultural en la oscurecida España de aquellos durísimos años.

Pero comencemos por el principio, que bien está lo que bien empieza, y mejor aún, lo que bien acaba. Pérez de Barradas, Ismael del Pan y Fita, son meritorios investigadores que pululaban por Madrid y sus alrededores, y dentro de la penuria omnipresente que todo lo invadía, y que en años posteriores fue a peor, hacían lo que buenamente podían, e incluso lograron realizar en los primeros años de la década de los 30 del siglo XX hallazgos casuales en la Meseta sur. Pero por desgracia, lo que se publicó sobre el tema carpetano fue exclusivamente de ámbito local. No se conseguía mucho más. Sólo González Simancas en 1933, que dirige las excavaciones del cerro de Mazacote en Ocaña, logra dar un meritorio impulso, muy tímido aún, al estudio sobre “eso” que se dio en llamar “los carpetanos”.

Y en estas llegó Fidel Fuidio, arqueólogo, profesor y religioso, quien dio una buena zancada, que suponemos con ímprobo esfuerzo y ahínco, un paso que quedó grabado durante muchos años como el gran trabajo investigador sobre los carpetanos. Su tesis doctoral, “Carpetania romana”, publicada en 1934, se aproxima desde un punto de vista clásico al temita de marras. Fuidio recopiló gran cantidad de datos sobre registros arqueológicos, de muchos de los cuales hoy ya no tene-

mos constancia. A pesar de la ausencia de aparataje crítico, el trabajo de Fuidio es un buen comienzo, al que todavía hoy día nos dirigimos con respeto, interés y reverencia pues es el pionero real en la sistematización de los trabajos de investigación sobre el brumoso mundo de lo carpetano, tan vago y difuso.

Torres Rodríguez llama a este momento pionero de la investigación, “anticuarista”, una época basada en la búsqueda de hallazgos vistosos, pero sin ningún atisbo de intento de interpretación. Es el dominio de los eruditos locales o profesionales liberales que poco o nada tienen que ver con el investigador histórico profesional, que se lanzan con gran entusiasmo y dedicación a estudiar episodios históricos, pero desgraciadamente sin asomo de rigor científico.

Y lo que faltaba. El estallido brutal de la guerra fratricida en julio de 1936, que dura unos inacabables 3 años, dan al traste con la mayor parte de un trabajo apenas iniciado, Fidel Fuidio incluido, fusilado en zona republicana. Ha habido demasiado devastación y miseria como para que ningún estudioso español con ganas pudiese dedicarse a hacer algo en serio en la arqueología de la Meseta.

Al fin, Llopis en 1950, logra los permisos y el dinero necesario, que le cuestan un riñón, no cabe duda, para excavar una necrópolis en Villanueva de Bogas, de la que se publica una somera nota que describe el material excavado. En este momento ganan por goleada los celtas a los iberos, en otras palabras, se concede más importancia al componente “céltico” que al “ibérico” en los escasos hallazgos realizados en el centro de la Península. Llopis vincula los fragmentos cerámicos “célticos” de Villanueva con los de Numancia y Las Cogotas, entre otros, y deja de lado la cacharrería emparentada con las cerámicas levantinas ibéricas. Pero es que también el gran erudito de la época Menéndez Pidal se apunta al carro de lo “céltico” en su obra “Toponimia Prerrománica Hispana” (1952), donde dedica un sugerente capítulo a la “Etimología de Madrid y la Carpetania”. En ella, Menéndez Pidal sugiere una invasión céltica de la zona con todas las de la ley, y se basa en algunos topónimos posiblemente de origen “céltico” que asoman altaneros en las provincias de Madrid y Toledo, que a día de hoy parece un supuesto cuanto menos frágil. Es justificable la posición de Menéndez Pidal, inmerso como está dentro del ambiente historiográ-

fico generalizado para la Península Ibérica, una opinión que valora enormemente un origen continental de los pueblos que ocuparon la península Ibérica, en contraposición a la demostrada influencia semita o a las corrientes culturales procedentes de grupos no célticos, como las ibéricas originarias del Levante mediterráneo durante la Protohistoria peninsular.

Pese a todo, algo ha cambiado desde los trabajos pioneros de los años treinta. En los años cincuenta se describen de forma más exhaustiva las piezas desenterradas y se conoce más sobre la datación del yacimiento. Torres Rodríguez califica a este periodo “normativista”, que se caracteriza por intentar clasificar el material dentro de unas coordenadas culturales y temporales más cercanas a la realidad, con las posibilidades económicas y profesionales que tienen los investigadores contemporáneos, pocas todavía, a pesar de los indudables avances conseguidos.

El *normativismo* alcanza su cenit durante el desarrollismo sesentero, que asume plenamente el paradigma Histórico-Cultural, basado en teorías difusionistas, que ahora desprecian las “invasiones célticas”, para centrarse en los fenómenos de “iberización” sobrevenidos a los grupos humanos de la Meseta sur, manifestados en gran medida por la aparición de la cerámica a torno. Esta aculturación se produciría sobre un presunto sustrato protocéltico que ya habitaba el área en la Primera Edad del Hierro. Este modelo teórico ha sido defendido por Almagro Gorbea en su memoria de las necrópolis de Las Madrigueras en Cuenca (Almagro Gorbea, 1965, 1969), donde describe con minuciosidad los objetos hallados, los paraleliza con otros similares de zonas próximas y trata de vincular con las referencias a la región en las fuentes clásicas, por otra parte ya de por sí escasas.

Entre los investigadores que bucean en las insondables profundidades de “lo carpetano”, se abre paso un concepto basado en un objeto material que diferencia a los pueblos carpetanos de sus vecinos más próximos: dentro de la categoría de fósil-guía, la “cerámica jaspeada” es el tipo cerámico específico de los carpetanos. El término “jaspeado” irrumpe con fuerza en la arqueología meseteña peninsular, gracias a Emeterio Cuadrado, quien en el XII Congreso Nacional de Arqueología, denomina así a una cerámica presente en dos tumbas del castro de

Yeles. El calificativo fue tan afortunado que durante las dos décadas siguientes, los sufridos investigadores que se dejan la piel y esfuerzos en la árida submeseta sur, se dedicaron a buscar este tipo de cerámica en los paupérrimos yacimientos de la región y trataron de delimitar el supuesto territorio carpetano en función del hallazgo (o no) de fragmentos de esta cerámica. Pero cometieron el error de abandonar otros aspectos interpretativos fundamentales. Ahora parece que unos trocitos de barro cocido parecen tener la clave de todo.

No podía ser de otro modo con mimbres tan endebles. En esta etapa los resultados son bastante pobres, aunque al final mejoran algo, gracias sobre todo a un incansable Martín Almagro Gorbea, que, inasequible al desaliento a pesar de la falta de monetario y las miserables actitudes ministeriales, aplica metodología alemana a los materiales que excava.

Esta etapa “cruel” y depauperada de nuestra historiografía más reciente se cimenta en tres pilares: normativismo, difusionismo y particularismo histórico. El que más y el que menos, se rompe la cabeza a fin de situar cronológicamente de la forma más exacta posible los materiales encontrados en las excavaciones de asentamientos de períodos conocidos de la Prehistoria. En el caso carpetano que nos ocupa, dentro de la Protohistoria peninsular, se intenta localizar uno o varios fósiles-guía pertenecientes a culturas o pueblos citados en los textos clásicos, y se interpretan someramente a la luz del registro arqueológico, a través de la comparación con restos hallados en yacimientos más o menos cercanos.

Torres Rodríguez no comulga con esta tendencia historiográfica en auge durante los años sesenta y primeros setenta del siglo XX, y suponemos que a comienzos del siglo XXI, ha sido, si no en su totalidad, sí moderadamente superada.

No es aceptable tratar de hallar una explicación de los cambios materiales acaecidos en una sociedad humana a partir de la difusión geográfica de novedades desde un foco cultural supuestamente más avanzado, porque pueden existir varios focos que funcionen en sincronía.

El investigador de esta época se dedica a describir con más o menos minuciosidad los elementos materiales de un yacimiento, sin atreverse a traspasar esta barrera. Las interpretaciones de los modos de vida de la sociedad que los ha producido están fuera de su visión. La exclusiva descripción minuciosa de los cacharros hallados se antoja un ejercicio árido que interesa poco al lector, pues supone una tediosa enumeración de los artefactos.

Las posibles interpretaciones se basan en las fuentes clásicas, a menudo bastante poco fiables, y en suposiciones personales, demasiado subjetivas y genéricas, amén de una exasperante falta de aparato crítico.

¿Cómo es posible apoyarse casi exclusivamente en paralelos culturales, en fósiles-guía extraños al pueblo/cultura estudiado, cuando no se tiene en cuenta siquiera el ámbito cultural propio?

Se considera como anterior en el tiempo el material de factura aparentemente más tosca, cuando no necesariamente es así. Los investigadores de esta etapa establecen relación directa entre tecnología y desarrollo cultural, basándose en el concepto de progreso arraigado en la comunidad científica desde el siglo de las Luces: el hombre evoluciona culturalmente siempre hacia adelante, en progreso continuo, en una propuesta que no contempla la involución, la regresión, planteamiento que a veces es erróneo. Un ejemplo que arroja luz sobre este asunto: ¿acaso no es el pico asturiense posterior cronológicamente a la industria lítica magdaleniense? Sin embargo, a la vista de todos está, profanos incluidos que es un material de tosquedad evidente respecto a las elegantes muestras de flechitas pétreas elaboradas con tecnología anterior. El pico asturiense es un meñó que tuvo su utilidad, pero nada que ver con el refinamiento de las hojas líticas de épocas pasadas. Hay que tener en cuenta las necesidades y el uso que se da a un material determinado en un momento dado, de acuerdo con los procesos mentales de un grupo humano.

Prevalecen los hallazgos de cementerios sobre los de lugares de habitación. Curiosa propuesta: son más valiosos para el investigador los objetos que acompañan al que se va “al hoyo” que los que permanecen en compañía de los que todavía están “en el bollo”, que no tienen por qué ser los mismos, puesto que unos podrían haber sido creados por

la utilización por el interfecto en vida y otros exclusivos para su uso *post-mortem*. Justifiquemos en que los objetos de las necrópolis parecen ser más abundantes, puesto que se enterraban junto a los restos del difunto y permanecían fuera de la vista de los demás, y el resto de los objetos cotidianos serían susceptibles de extraviarse o destruirse más fácilmente por los avatares de la vida. Aunque en las necrópolis, también habría que tener en cuenta a los saqueadores de tumbas, que arramblarían con lo poco que hubiese. En fin, un lío.

En resumen, los investigadores de esta etapa historicista se ciñen a un esquema de estudio exasperadamente rígido: los restos materiales caracterizan a un grupo humano determinado, y los cambios son debidos a la difusión que irradia desde un grupo culturalmente más avanzado (como el ibérico), sin contar para nada con la propia evolución interna de la comunidad, *in situ*. Y para colmo, las narraciones de los cronistas griegos y romanos, que en su mayoría ni siquiera son de primera mano, sino que escriben de oídas, los muy astutos, aplican el principio de autoridad, una lacra que permanece todavía, eso sí, cada vez en menor proporción, en muchas de las actividades mentales y eruditas de la Humanidad. Con estas premisas de base, el nivel interpretativo que se ejerce con estas sociedades encuadradas en la Protohistoria peninsular es prácticamente nulo. Claro está que es más fácil enumerar o describir que interpretar, y eso es algo que nos pasa a todos, puesto que la interpretación exige un profundo esfuerzo intelectual que no todos estamos dispuestos a tolerar.

2.2. Etapa autonomista (1977-1993)

Pero como todo tiene su fin, lo nocivo también se acaba. Con la conclusión de la negra oscuridad cultural e investigadora que conlleva la Dictadura franquista, y el comienzo del período democrático, la Nueva Arqueología anglosajona allende los mares es capaz de hacer emprender sigilosamente un nuevo rumbo metodológico a la depauperada investigación arqueológica *made in Spain*. Es menester recuperar como sea tanto tiempo perdido. Entra en juego la creación de las costosas Comunidades Autónomas, cuyos dirigentes políticos se van a preocupar básicamente de un pasado sobre el que cimentar la sólida existencia de la nueva jurisdicción, de estudiar el origen y el desarrollo de las unidades étnicas y políticas del solar sobre el que se asienta la nueva entidad local

y descentralizada, alejada cada vez más del poder gubernativo estatal, nexo de unión teórico de estas nuevas instituciones.

Con la transferencia de las competencias en Educación a las Comunidades Autónomas mediante la ley 16/85, la exploración y búsqueda de las claves que custodia celosamente la Segunda Edad del Hierro vive un febril Período áureo, plasmada en la abundancia de publicaciones, congresos, proyectos y excavaciones. Este período histórico o protohistórico comienza a desvelar paulatinamente secretos celosamente guardados. Pero para ello, como para casi todo en esta vida, hará falta invertir una partida suficiente de los presupuestos autonómicos, que siempre serán escasos. En España, la I+D (Investigación y Desarrollo) constantemente ha sido infravalorada (¡que investiguen otros!) y así nos luce el pelo con la cada vez más intensa fuga de cerebros, desequilibrada en época de crisis galopante, pues cada cual busca su lugar en el mundo.

Esta fase se inaugura con dos excavaciones emblemáticas y simbólicas: Cerro Redondo en Fuente el Saz de Jarama (Madrid), dirigida por María Concepción Blasco Bosqued y El Cerrón de Illescas (Toledo), encabezada por Santiago Valiente Cánovas.

La novedosa metodología que acarrea la Nueva Arqueología anglosajona, implica la utilización de nuevas herramientas y procedimientos, sobre todo engorrosamente cuantitativos, por los grupos investigadores españoles:

Se insertan en las memorias de las excavaciones nuevos procesos analíticos: faunísticos, palinológicos¹, geofísicos y geológicos, entre otros.

Los restos materiales encontrados se van a cuantificar mediante complejas técnicas estadísticas.

Desaparece la poca narrativa que pudiese aportar cierta amenidad a las memorias y artículos, lo que termina por manifestarse en una absoluta aridez inherente a los textos científicos. La gente normal se aburre soberanamente leyendo estos “tostones”, y cuando esto ocu-

¹ La **palinología** es una especialidad de la Botánica dedicada al estudio del polen y las esporas.